enemigas bastaba por sí sola á atacar el punto que tenia delante, y así no era posible remover un soldado de sus puestos respectivos: tengo ya manifestado que la fortificacion de Guanajuato se habia hecho solo para la guarnicion que allí quedase, en caso de salida; así es que, á excepcion de los cerros, todo estaba sin fortificar. Esto indica de un modo muy claro que no era nuestra intencion defendernos allí.

Dia 6. Contestaciones entre el gen. Presidente y el gefe político.

Al amanecer del dia seis siguió el fuego de cañon: el gefe político me pasó el oficio (Documento núm 36.): yo le dije en lo verbal que el general Santa-Anna era el que atacaba la ciudad, que á él se dirigiera: en efecto lo hizo así, (Documento núm. 37.), y el expresado general contestó; (Documento núm. 38.) en consecuencia fué en el acto el sr. Chico y volvió animándome para una entrevista, seguro de la buena disposicion que para esto tenia el sr. Presidente.

Reflexiones sobre mi situacion despues de la marcha de Duran.

Mi situacion era muy crítica; estaba sitiado por siete mil hombres, á quienes ayudaban mas de catorce mil del pueblo, rodeando y cubriendo las lomas. Yo maliciaba que el general Duran me habia abandonado, y mas que todo me afligia la imposibilidad de defender la plaza, porque su situacion lo hacia impracticable con la fuerza que me habia quedado, miéntras que la enemiga debia aumentar la suya con la division de Jalisco que ya venia en marcha. Acababa de recibir una comunicacion del coronel D. Anastasio Torrejon, en que me decia que con cuatrocientos caballos se hallaba en la hacienda de Rincon de Ortega, que contara con él y le diera mis órdenes. Habia hecho salir un correo que alcanzase á mi compañero Duran, pues el que me llevó la nota del coronel Torrejon, me dijo que le habia visto tomando el camino de Dolores. Le decia en una carta cuan necesario me era su auxilio, que esperaba ejecutivamente, viniendo al Rodeo ó Rancho Seco, adonde yo me uniria abriéndome camino á toda costa: le demostraba el sinnúmero de gente del pueblo que ayudaba al general Santa-Anna, que no teniamos una sola persona en Guanajuato á nuestro favor, que asesinaban á los soldados desviados de sus cuarteles, y en fin, que si no daba este paso, era inevitable mi ruina.

Comunicaciones del cor. Torrejon.

Comunicacion duplicada que dirigí al gen. Duran.

Admito la entrevista que me propuso el gefe político.

Para esperar la caballería y prevenir al coronel Torrejon se acercase, era necesario entretener al enemigo y que sus operaciones se retardasen á lo ménos dos dias: me pareció necesario no despreciar la oportunidad que me ofrecia el gefe político, y así le dije que no tenia inconveniente en la entrevista, pues deseaba ahorrar males á la poblacion. En consecuencia dirigí la carta (Documento núm. 39.) al general Santa-Anna.

Designios que tuve en la admision de la entrevista, y motivo de haberlos reservado.

Era seguro, atendida mi situacion, que nada se me concediese: tenia yo el antecedente de la entrevista que se solicitó con Duran en Arroyozarco y lo que me dijo el coronel Mora con

aquel motivo: así, pues, me propuse hablar de tal suerte con los comisionados, que no dudando de mi deseo de transigir, y sentando por otra parte la idea de que economizarian la sangre, que aun era forzoso vertiesen sus soldados, yo lograba paralizar sus operaciones por dos ó tres dias, tiempo suficiente para que llegara la caballería y poder salirme de la plaza segun he indicado.

Sabia yo que en nuestro campo habia oficiales de acuerdo con el general Santa-Anna, que le daban parte de todo lo que pasaba, aunque ignoraba quienes eran. Esto, y la guerra que me hacian los habitantes, á excepcion de muy pocos, me obligó á guardar secreto sobre mis intenciones. Solo el general Gaona y mi secretario teniente coronel Espinosa, sabian mi objeto, y lo aprobaron.

Sensacion que causó la noticia de la entrevista.

Luego que se supo en los puntos que iba haber entrevista, se indignaron mucho, y un gefe escribió al general Duran con el mismo correo mio, que salió por duplicado, diciéndole que iba yo á capitular, y que estaba todo perdido. Este gefe, despues que le hice ver mis intenciones, se arrepintió de lo hecho, me lo dijo francamente, y fué uno de los que me acompañaron en los momentos mas críticos.

Entrevista, y sus resultados.

Por una carta que me escribió el general Arago, supe que se accedia á la entrevista: hice cesar los fuegos que se mantenian con ardor, y me dirigí acompañado del general Amador al punto que mediaba entre Mellado y Valenciana. No estaban allí los comisionados, y porque no se atribuyese á miedo, me adelanté cerca de Valenciana hasta medio tiro de fusil. Salieron solos tambien los señores Arago y Mejía. Procuré hacerles ver que estaba decidido á la cesacion de la guerra; pero que nuestra propia conservacion nos obligaba á defender con despecho; en fin, si se lograba una amnistía para todos los que habian tenido parte en la revolucion, seguramente nos pondriamos á las órdenes del gobierno. Quisieron convencerme de lo que yo sabia bien, que era lo desesperado de mi situacion, por la superioridad de sus fuerzas mucho mas numerosas que las mias. Me citaron algunas expresiones que me acabaron de persuadir que habia traidores entre nosotros; por último, me dijeron que ese dia estaria el general Duran en Buenavista caminando para Oajaca. Concluimos la conferencia, y los señores Arago y Mejía me ofrecian influir á favor del éxito de mis pretensiones, haciendo todo lo posible al logro de la suspension de las hostilidades, miéntras llegaba la resolucion de Méjico, cuando noté que mas de doscientos hombres de la plebe armados, nos habian circundado. Tuve la desgracia de que un soldado, que del punto de Mellado pudo salirse con su fusil, estaba ébrio, y avanzándose cuanto le fué posible, hizo fuego hácia nosotros. Su

puntería era bastante buena, pues nos pasaban las balas muy cerca, y hacian barrerse á la gente del pueblo que allí se encontraba. Estos, al fin se inquietaron tanto, que empezaron á gritar: *Traicion: muera Arista.* En vano los señores Arago y Mejía, primero con alhago y despues con rigor los quisieron contener: se nos echaron encima para asesinarnos al general Amador y á mí. Nos pareció vergonzoso retirarnos de aquella multitud insolente: echamos mano á nuestras pistolas, y parados esperamos amenazando á todos miéntras venia la tropa que los señores Arago y Mejía fueron á traer. Luego que mi escolta, que habia quedado como á mil varas, notó la bulla, se acercó al galope, y la muchedumbre se puso en fuga. Tal fué el desenlace de la entrevista del dia seis, que habiendo sucedido en la tarde, toda la noche y la madrugada del siete estuvieron suspensas las hostilidades. Como á las seis de la mañanas de este dia, recibí el oficio: (Documento número 40) contesté desde luego, (Documento núm. 41.) é inmediatamente dirigí la comunicacion (Documento núm. 42.) al coronel Torrejon (1) para violentar su venida, y si era posible salirnos de la plaza en la noche del ocho. Desde luego se conoce que esta comunicacion era dictada por las circunstancias y para animar á aquel gefe en mi auxilio.

Dia 7. Contestacion al cor. Torrejon. Se rompen de nuevo las hostilidades.

Nuestra situacion aunque desesperada, no convenia en manera alguna demostrarla al enemigo. Las tropas y oficiales se alegraron en extremo de que no se hubiera logrado ninguna transaccion, cosa que los tenia bastante inquietos. Quedaron desde luego rotas las hostilidades, pero no hubo fuego ese dia sino solamente preparativos del ataque y de la defensa.

Desercion que empieza á ser escandalosa.

Desde nuestra entrada á Guanajuato el dia 4 hasta este dia, habiamos sufrido una horrorosa desercion. Del batallon activo de Guanajuato, excepto algunos de sus oficiales, todos habian desertado: la compañía de seguridad pública inclusos sus oficiales, no existia ya, y los batallones de Silao y Leon habian sufrido una baja de mas de su mitad, principalmente el primero que empezó á desertar escandalosamente desde el dia del tiroteo de la hacienda de Cerritos. Alguna baja habia en los batallones de línea, pero no llamaba la atencion.

El cor. Peña se extravía.

El coronel Peña que mandaba, como se ha dicho el punto interesante de Mellado, desapareció, y dió parte el teniente

1 Entre las diligencias que he practicado para hacerme de documentos justificativos, escribi al cor. Torrejon suplicándole me mandase copia de mis comunicaciones en los últimos dias de Guanajuato. Me mandó la carta y documento que se ven en el núm. 42. Esto comprueba hasta la evidencia que el gen. Duran desde su salida de la plaza se propuso abandonarme y dirigirse á Oajaca. La marcha que ordenó hacer al sr. Torrejon tuvo sin duda por objeto distraer al enemigo con este movimiento, para que fijando todo su cuidado hácia el referido sr. Torrejon pudiese él continuar sin obstáculos al punto que se propuso.

coronel D. Francisco Duran de que no estaba allí desde la noche anterior. Despues que se colocó otro gefe en aquel punto, pareció este señor diciendo que habia sido sorprendido y encerrado por unos léperos, de cuyas manos escapó sin ropa. El gefe nombrado en lugar del coronel Peña fué el teniente coronel Saldaña, comandante del batallon de Guanajuato.

Se nombra en su lugar otro gefe.

Toda mi atencion se fijó en la defensa de Mellado adonde se disponia el enemigo á atacar: se mandaron ingenieros á fortificar, y se dió á los señores Saldaña y teniente coronel Duran, cuanto pidieron; de modo que cuando en la noche se les mandó su último pedido, contestaron que estaban satisfechos de que se habian tomado y fortificado todos los puntos que lo merecian, y que respondian de su defensa. Esta contestacion fué á virtud de una órden terminante por escrito que dirigí al sr. Saldaña, en que le decia „que á toda costa y sin esperar mas tropa, se defendiera aquel punto, que irremisiblemente seria atacado al amanecer por el enemigo." El punto lo defendian cuatrocientos infantes de los relacionados batallones, y dos piezas de artillería de á cuatro.

Providencias sobre el punto de Mellado.

La posicion de Mellado es fuerte porque está bien situado, tiene muy pocas avenidas, y su principal defensa consiste en el convento de la Merced: el enemigo habia movido tropas en todas direcciones, y todo indicaba que se disponia á un ataque general: se reforzaron todos los puntos fortificados cuanto fué posible, y con la mayor precaucion y vigilancia se esperó que amaneciera el ocho, dia en que yo aguardaba el aviso de la aproximacion del coronel Torrejon al Rodeo para salir en la noche, pues ya estaba desengañado del abandono en que me habia dejado el general Duran.

Movimientos del enemigo, y precauciones contra ellos.

Antes de amanecer, el dia ocho, se rompió el fuego vivo de fusil en Mellado, por la valiente compañía de cazadores del tercer batallon que se hallaba avanzada: no pudo resistir todas las fuerzas que se le cargaron, y defendiéndose en retirada, se replegó á la fortificacion. Al asomar la luz se vieron sobre Mellado mas de tres mil infantes y diez piezas de artillería, rompiéndose al mismo tiempo el fuego de cañon en todos los campos, que amenazaban dar un ataque general. Subí con dos compañías de cazadores al cerro del Cuarto, que era el mas comprometido: las obras exteriores de Mellado recibian ya el ataque que se habia trabado fuertemente. Creí necesario mandar un auxilio, á pesar de la poca fuerza de que se podia disponer: mandé en efecto la compañía de cazadores del 10.° batallon, de cuya bizarría estaba muy satisfecho: esta marchó unida hasta los fuegos, y apénas los recibió, se dispersó completamente. Animado el enemigo con tal causa, avivó el ataque, y ví empezar el desórden en nuestras tropas. Los valientes sin embargo se

Dia 8. Ataque de Mellado: se hace una reseña.

defendian con heroismo; mas al fin cedieron al excesivo número de los contrarios despues de que se incendió parte del parque: Mellado fué perdido. Los gefes, oficiales y tropa hicieron su deber hasta lo último, y quedaron prisioneros. No puedo decir mas sobre esto que lo que pude ver desde el fortin del Cuarto á tiro de cañon de Mellado: seguramente se distinguirian algunos esforzados gefes y oficiales, no ménos que individuos de tropa, y quisiera ahora tener el gusto de hacerles la justicia á que son acreedores.

Influencia de la toma de Mellado en la guarnicion del fortin del Cuarto, y en la de la plaza.

Solo mirándolo se podia creer cuál fué la consternacion en que entró la fuerza que cubria el fuerte del Cuarto al notar que el enemigo se disponia á combatirlo. Los oficiales de artillería abandonaron sus piezas, y á su ejemplo casi toda la tropa de esta arma. Los soldados de infantería no tenian sosiego, y todos demostraban su terror, que hacia contraste con la desesperacion de los valientes que dispersos pudieron escapar de la toma de Mellado: estos lloraban de furor por su bandera perdida, y fué necesario recordarles la subordinacion para calmarlos algun tanto.

El general Gaona tuvo que usar del rigor para contener á los que querian abandonar el punto que iba á ser atacado: consulté con este general sobre si seria posible mantenernos hasta la noche: me hizo ver el abandono de las piezas y el estado de desaliento que tenia la fuerza que cubria el fortin, Conocí que al primer movimiento del enemigo lo perderiamos, y me dirigí á la plaza con el intento de hacer venir el 8.º batallon para que reforzara un punto tan interesante. En el tránsito encontré á un oficial que venia á darme parte de lo que allí habia sucedido.

El batallon de Silao habia desertado con todos sus gefes y oficiales dejando las armas; y del de Leon no quedaban cuarenta hombres: no existia una sola mula de las del tren de artillería, porque los capataces habian huido con ellas; y (cosa la mas sensible) el 8.º batallon habia dispuesto poner un comisionado á fin de ponerse á las órdenes del general que nos batia. No me quedaban ya mas que los batallones 10.º y 11.º, y los restos de los demas cuerpos, que harian entre todos seiscientos hombres. Llamé á mis compañeros los generales, les hice ver qne nos quedaban pocos momentos para salvar de una completa derrota á los restos que teniamos, y á la poblacion de un saqueo; pues dentro de algunas horas seria sin duda tomado el Cuarto.

Es preciso entrar en una capitulacion.

Lo único que podria lograrse en tan angustiadas circunstancias, era solicitar que los fuegos se suspendiesen y entrar en una capitulacion, ántes de que supiera el general Santa-Anna que el batallon de Toluca ya no me pertenecia. Convinieron conmigo; puse en el acto la carta número 43, é hice salir violentamente á mi ayudante D. Joaquin Chillas, encargándole se esforzara en llegar primero que el comisionado del referido batallon de Toluca: este ya habia salido; pero debia tardar su arribo al punto en que estaba el general Santa-Anna, por el rodeo que se veia precisado á hacer para excusarse de nuestra vista. Se logró el intento, porque á los pocos minutos que Chillas, llegó tambien el teniente coronel graduado Lombardini, comisionado por el repetido batallon de Toluca (octavo entónces). Este individuo en presencia de mi ayudante, puso á disposicion del general Santa-Anna todo el batallon, esforzándose en disculparse á sí mismo, y dando como por causa principal, que así á él como al batallon se les habia engañado. El general Santa-Anna lo reprendió con mucha dureza, y mi ayudante ya no supo mas.

Impresion que me hizo la defeccion del batallon de Toluca.

Muy sensible se me hizo la defeccion de este cuerpo, que era mi predilecto: se habia portado con mucho valor en Tepeaca, y su comandante D. Eulogio Gonzalez lo mantenia en una disciplina, arreglo é instruccion que brillaba entre los demas cuerpos. Todos estos tenian zelos de aquel, y confieso que con justa razon, porque me esmeré en aumentarlo y vestirlo con el mayor lujo que permitian las circunstancias; este golpe me fué mas doloroso que el infortunio que me aguardaba.

Junta de gefes que propongo.

Suspensos ya los fuegos, reuní á los gefes de los cuerpos, y aun convencí al general Gaona para que escribiese al comandante del octavo D. Eulogio Gonzalez llamándolo á la junta; acaso podriamos persuadirlo en contra de la realizacion del paso que habia dado.

Capitulacion. Comisionados para ella.

Llegó en esto mi ayudante Chillas con la comunicacion núm. 44, y sin pensar en mas, comisioné para formar la capitulacion, al general D. Francisco Hernandez y á mi secretario teniente coronel D. Rafael Espinosa, dándoles por únicas instrucciones que sacasen las ventajas que fueran posibles en aquellas críticas circunstancias.

La resisten algunos gefes.

Miéntras esto sucedia, los gefes de los cuerpos que quedaban, resistian la capitulacion; é ignorando el suceso del batallon octavo, clamaban porque continuase la defensa hasta la noche en que nos saldriamos por el camino de los Cerros (1). Yo me esforcé en persuadirlos de que apénas dariamos veinte pasos fuera de la plaza, cuando seriamos derrotados y dispersos por dos mil caballos que tenia el enemigo. Por otra parte, una tropa, que como la nuestra habia sufrido tanta desgracia, era seguro que en retirada decaeria su valor enteramente. ¿Adónde ibamos pues, sin artillería, sin caballería (2), con pocas

1 Este camino estaba guardado precisamente por el batallon de Toluca
2 Solo quedaban 50 caballos del 12.º y 25 de la escolta.

municiones, y con solo quinientos hombres? ¿A seguir al general Duran, que nos habia abandonado y de quien ignorábamos á qué distancia y en qué punto estaria (1)?

Si se tomaba la plaza á viva fuerza por el general Santa-Anna, ó nosotros la abandonábamos friamente en el silencio de la noche, el pueblo, que solo aspiraba al saqueo, aprovechando la ocasion que se le ofreceria, no hubiera dejado propiedad alguna en la poblacion, sin que pudiera evitarlo aquel general. Era indispensable capitular. En esto estábamos, cuando se presentó un sargento de artilleria, conduciendo las dos piezas que se habian destinado al cerro *La Bolita* que cubria el octavo batallon, dándome parte de que este cuerpo con toda su fuerza se habia pasado al enemigo, lo mismo que el oficial y tropa de artillería. Entónces conocieron los gefes de un modo sensible nuestra situacion, é impuestos de todo, los mandé á mantener el órden en sus puntos respectivos, y á defenderlos en caso de que no fuesen justas las estipulaciones que se nos hicieran.

Los gefes se convencen de nuestra fatal situacion.

Siempre recordaré con entusiasmo y ternura, que mi guardia, compuesta de la compañia de cazadores del mismo batallon de Toluca, resistiendo á la seduccion de sus oficiales, que todos se pasaron al campo enemigo, me proclamaron en aquel mismo momento, manteniéndose á mi lado hasta el fin, y dando señales del mas vivo pesar cuando fuí aprisionado. Hoy tengo un gusto particular, al tributarles en este recuerdo una prueba, aunque muy pequeña, de mi eterna gratitud.

Conducta de mi guardia.

La mayoría de los oficiales atemorizados se ocultaban por todas partes, temiendo que no se les guardase ninguna consideracion. Algunos gefes que pensaron locamente marchar á unirse al general Duran, hablaron á los oficiales, y con esta conducta infundieron tal consternacion, que solo quien lo palpó la pudo conocer. Los que querian llevarse alguna tropa, difundieron la voz de que los iban á *entregar*, lo que tomaron en boca todos, sin señalar quién era el que los entregaba, en cuyo caso, si se hablaba de mí, ninguno tendria que temer mas que yo mismo, como que era el blanco principal de los perseguidores.

Conducta de la mayoría de los oficiales.

Esta era la situacion que guardaba Guanajuato el dia 8 de octubre á las seis de la tarde. Los comisionados aun no volvian, y llegó la noche mas fatal de toda mi vida. Serian las siete, cuando el sargento de mi guardia, único comandante de ella, me dijo: „El cerro del Cuarto ha sido abandonado por nuestras tropas, las del general Santa-Anna se han apoderado de él, y ya bajan hácia acá proclamándolo.

El cerro del Cuarto es abandonado.

Me figuré que por esta razon habian sido detenidos mis comisionados, y que ya no se nos daba ni cuartel: era necesario

Tomo la resolucion de

1 Ese dia se hallaba en S. Juan del Rio.

volar á morir peleando. Tomé al instante mi guardia, la excité á la lucha, y marchando á pié, sin acordarme de mis males, me propuse tomar el cerro abandonado ó morir. Este estaba tomado por la insolente plebe.

rehacerme del Cuarto.

Apénas llegamos (1), quisieron hacer resistencia; pero no les ayudó su valor, y huyeron llevando algunos bayonetazos. Encontramos las piezas clavadas, las municiones inutilizadas, y todo destruido: ningun oficial me seguia: la obscuridad de la noche, la cercanía del enemigo y la huida de la chusma, que me presumí diera parte del suceso, todo indicaba que aquel punto dentro de poco tiempo seria invadido: no era posible dejarlo solo.

Ocupo de nuevo el Cuarto.

El coronel D. Miguel Dominguez, mi ayudante y buen amigo, habiéndome visto dirigir al cerro, fué por mi escolta y la condujo adonde yo estaba haciéndome llevar mi caballo. Este gefe me contó la horrible escena que representaba la ciudad. Corrida la voz de que yo me habia escapado, todos se apresuraban á esconderse é irse: la tesorería habia sido abandonada por los dependientes y por la guardia que en vano quiso contener el general Gaona, puesto que se le echó encima la tropa con sus armas: todo en fin, era confusion espanto y desórden: los oficiales y tropa del duodécimo regimiento se habian fugado; no obstante esto, yo no podia dejar el punto interesante que guardaba, porque hubiera sido abandonado en el acto y perdido yo irremisiblemente, pues no se celebraria la capitulacion. Previne pues, al coronel Dominguez que diera órden á cualquiera gefe superior para que viniese en el acto á hacerse cargo de aquel punto, y que aquietase á todos diciéndoles que yo jamas abandonaba á mis compañeros. Bajó Dominguez, y regresó diciéndome que ningun gefe de los que habia visto querian obedecerme, que se lo habian dicho terminantemente.

Conducta del cor. Dominguez.

Informes que me da.

Despues se me presentó espontaneamente el primer ayudante D. Manuel Prieto: le ordené en el acto fuese á subir la fuerza que habia abandonado el cerro: este gefe lo hizo con mucha actividad, á pesar del desórden en que estaba ya la tropa; y asegurado el fuerte principal, yo quedé libre para bajar á la ciudad.

Conducta del primer ayudante Prieto.

Desbandados muchos oficiales por las calles, y llevando cada uno dos, tres ó cuatro soldados, me encontraban, y á mí mismo me decian: *Vámonos, compañero, que ya se fué el general Arista.* Cuatro veces me sucedió esto.

Confusion general.

Mi ayudante, teniente coronel D. Juan Aguayo (que era comandante del punto de Guadalupe, donde se habia conservado, manteniendo su tropa en órden) me obedeció al instante,

Mi ayudante Aguayo ocupa el cer

1 Solo subieron conmigo 20 cazadores.

ro de S. Miguel.

yendo á ocupar con su corta fuerza el cerro de S. Miguel, que habia sido abandonado, así como todos los demas puntos, á excepcion de Granaditas, que conservaba algunos restos. El coronel Peña fué á encargarse del cerro del Cuarto. Me dirigí á mi casa, é hice traer los restos del dinero que aun existian; y á la vista de todos los que me rodeaban, vinieron diez cajones de á dos mil pesos. Llegó á poco mi compañero Gaona, que desesperado de no ser obedecido, se habia ido á su casa; en seguida fueron presentándose algunos de mis ayudantes y otros gefes y oficiales.

El dinero que habia quedado se manda recoger.

Se ratifica el convenio entre ambas fuerzas.

A las nueve de la noche regresaron los sres. Hernandez y Espinosa con el convenio (Documento núm. 45,) ratificado por el general Santa-Anna: hice yo lo mismo. y en el acto oficié al general Presidente, dandole parte de lo ocurrido y de que me acompañaban poco mas de trescientos hombres solamente. Le suplicaba que ántes de amanecer mandase fuerzas á cubrir la ciudad, pues de otro modo seria irremisiblemente saqueada por la plebe que no tenia otra mira, y yo no podia cubrir mas que el corto recinto de la plaza. Marcharon segunda vez los comisionados á las diez y media, y volvieron con la generosa respuesta del general Santa-Anna, que me hizo deponer todo temor de que se faltase á lo estipulado, cosa que podia suceder en virtud de que mi division ya no existia.

Me reduzco á la plaza.

Continuaba la dispersion, y ya no habia mas que unos restos muy cortos en los cerros y en Granaditas, me propuse por tanto, despues de ratificado el convenio, reducirme á la plaza con todas las fuerzas que pudiera reunir: hice bajar la tropa de los cerros, y las alojé todas en la casa que yo habitaba y en la inmediata, dejando al cuidado del primer ayudante Prieto, el punto de Granaditas con poco mas de treinta hombres del batallon que mandaba que era el de Leon: así esperamos la llegada de las tropas que el Presidente mandara segun habia dicho.

Dia 9.

Apénas rayó la luz el dia 9, cuando la plebe se hizo de los cerros abandonados, y con grande algazara se dirigia á la plaza: la multitud era inmensa, y mi fuerza corta: no obstante, la dividí en las bocas calles, y dí órden de que se resistiese á la bayoneta. La turba ha ia ímpetus de acometer; pero un amago de la tropa la contenia: en esta terrible situacion defendiendo las casas del saqueo estuvimos hasta las nueve de la mañana que llegaron los generales Arago y Mejía con una division á posesionarse de la ciudad.

Los gen. Arago y Mejía ocupan la plaza.

El general Santa-Anna nos habia ofrecido por medio de los comisionados, en prueba del cumplimiento del convenio, que los gefes y oficiales marchariamos fuera de la República yendo en derechura á Veracruz: yo le habia suplicado mucho por medio del coronel Castrillon, que mi salida de Guanajuato fuese

ántes del dia, y no entrar á mi tránsito en las grandes poblaciones. Así me lo concedió, nombrando de mi custodia, con todos los que me siguieron, al coronel D. Francisco Gonzalez Pavon, y de su segundo al teniente coronel D. Juan Bringas, con sujecion exclusiva á las órdenes del expresado general.

Salimos de Guanajuato prisioneros.

Despues que se entregaron los restos del dinero al general Mejía y al comisario D. Francisco Duran, segun consta en los documentos de Hacienda, se nos anunció que era llegada la hora de nuestra salida: el furioso pueblo de Guanajuato tuvo la insolencia de arrojarse sobre mí para asesinarme, cuando iba ya preso, esforzándose en dar gritos de proscripcion. Los sres. Arago y Mejia me salvaron entónces de una horrorosa desgacia; y jamas olvidaré este servicio.

Excesos de la plebe.

Conducta de los sres. Gonzalez Pavon y Bringas, y del general Moctezuma.

Tambien tendré siempre presente el buen trato y consideracion que á mis compañeros de infortunio y á mí nos dispensaron los sres. Gonzalez Pavon y Bringas, cuyas disposiciones se dirigian todas á aliviar nuestra suerte. Esto no obstante, tuve el disgusto de que la division del general Moctezuma, que fué en auxilio de la escolta que se nos habia dado, compuesta en su mayoría de los derrotados del Gallinero, se complaciese en la negra é infame venganza de gritarme *mueras* al pasar por los pueblos que tocábamos.

Solicito en Mejico una audiencia del Secretario de la Guerra Motivos que tuve para esto.

A pesar de las órdenes del señor Presidente, llegamos á Méjico; bien que se nos alojó en el convento de Santiago Tlaltelolco, situado en un suburbio de la ciudad. Desde allí solicité una audiencia con el señor secretario del despacho de la guerra, á fin de saber nuestro destino, pues que habiendo pedido mi muerte una legislatura y otras corporaciones, ya dudaba en esta capital el cumplimiento de la capitulacion. En caso de salir fuera de la República. trataba de pedir auxilios para mis compañeros y sus desgraciadas familias. Vino en efecto el general Herrera, que entónces despachaba el ministerio, oyó mis peticiones, y las contestó como consta en el Documento número 46.

Salimos con direccion á Veracruz. Conducta generosa del gen. Palafox, y pésima de D. Ciriaco Vazquez. Vemos en el Ponton al

Marchamos en fin para Veracruz el 1.º de noviembre, escoltados por el general Palafox: su generoso comportamiento con nosotros forma el contraste mas sensible con el de D. Ciriaco Vazquez, comandante general de aquel Estado, que parece se complace en atormentar á los infortunados que pasan por aquella plaza. Salimos de la patria el dia 27 de noviembre con el profundo sentimiento de dejar en el Ponton, parage inmundo aun para presidarios, al ilustre y valiente general Bustamante (1). No se respetó su empleo, que nadie le habia quitado, ni el haber ocupado con tanta dignidad la silla presi-

1 Fué comprendido en la memorable ley de ostracismo dada en 23 de julio de 833.